

LXXIX.

LOS PRIMEROS PASOS HACIA LA IGLESIA.

Mientras John entretañábase por la vez primera con su Pastor, su señora madre y los demás le aguardaban con impaciencia en la antecámara. Tardábales hacer en familia la primera visita solemne á la catedral.—La bendición del Prelado, decía mistres Needle, me ha hecho católica de derecho, y el paso primero de una catecúmena debe ser á la iglesia de Dios.... Quiero tomar posesión de mi puesto, así como adorar á mi Salvador, reinante y vivo en la tierra como en el cielo.... Se viaja, se gas

ta, y se corren peligros para venerar el sepulcro de Jesucristo en Tierra Santa.... ¡Cuánto más de corazón debemos peregrinar á nuestras iglesias! (Al decir *nuestras*, la excelente convertida llevábase la mano al pecho, llena de vivísimo placer, como un conquistador al nombrar un reino nuevamente añadido á su corona.) Hijos míos, adoraremos ahora con plena fe á Nuestro Señor Jesucristo, cual si lo viésemos hoy con los ojos de la cara; nos postraremos á sus pies, cual si lo hubiéramos visto en la Palestina entre sus Apóstoles, y nos hubiese invitado para ser secuaces suyos.—

Con tales sentimientos de su alma se entretuvo en oración más de una hora, circundada de sus hijos, inmoble y en alta quietud: fué para ella una hora de inefable consuelo. Al salir de la iglesia, dijo á Julia:—Es mi fe tranquila y serena.... Si en las otras prácticas hallo tanta paz como al adorar la divina Eucaristía, nada tengo ya que apetecer: vislumbro casi el paraíso en la tierra.—Deseó visitar inmediatamente al sacerdote destinado por el Obispo para que la reconciliase con la Iglesia. Le dió gracias desde entonces por todo el bien que le haría como á su familia, prometiéndole la más absoluta y entera docilidad

que le fuese posible: tanto, en fin, ofreció y suplicó, que obtuvo promesa de que saldría en dirección á Parque Verde, en el último tren de aquella noche.

No hay que decir si halló el coche dispuesto en la estación para recibirle y llevarle al castillo. Fué John personalmente á encontrarle, y le contó por la vía los designios más urgentes: reducir á oratorio público la capilla protestante, y, provista de todos los ornamentos convenientes, realizar en ella la ceremonia de la retractación. El sacerdote prometió cooperar, teniendo, como tenía, plenas facultades del Obispo. El enviado de este fué acogido en Parque Verde como un mensajero del paraíso. Aquella noche no se determinó nada de lo que hacerse debía. Ansiaba el hombre prudente reunir noticias sobre las condiciones de los convertidos, así como conocer la opinión de Julia, de cuya bondad y óptimo juicio formára exacto concepto.

Al día siguiente la familia se reunió en el salón principal, y el sacerdote de Dios, con sencilla y paternal cortesía, propuso la cuestión del bautismo.—Yo, dijo, por lo que hace á vuestra instrucción descanso en vosotros con toda seguridad. El señor John es hombre de letras; solo se necesitará que

se penetre bien del Catecismo romano, y que se ofrezca á pronunciar la fórmula de fe, que corre con las Actas del Concilio de Trento. Para las señoras que tienen la piadosa voluntad de aprender la doctrina católica, Dios ha hecho venir aquí á esta señorita (mostraba con el dedo á Julia), que las podrá auxiliar no poco; cuando estén dispuestas para la función, serviránse advertírmelo. Todo esto va por sus pasos contados; más el punto capital para entrar en la Iglesia católica es inquirir la forma del bautismo que se recibió. He aquí la doctrina: si consta que se confirió el bautismo con validez, el Sacramento no se puede ni se debe renovar; por la simple abjuración, el neófito puede recibir el sacramento de la Penitencia, el de la Eucaristía después, y el de la Confirmación. Sí, por el contrario, no se consigue desvanecer todas las dudas relativas al valor del bautismo que se recibió, se comienza por este Sacramento, que se administra entonces de un modo condicional. Ahora bien: sobre todo esto, señores, no puedo determinar nada por mí mismo, y solamente vosotros podeis guiarme respecto del partido que se deba seguir para vuestra salud temporal y eterna.

Tanto John como su madre aguardaban este discurso, habiendo concertado la respuesta con Julia. John dijo:—Respecto de mí, solo es competente mi madre para responder.—La señora confesó ingénuamente que á John, nacido en las Indias, le bautizó un sacerdote anglicano durante la enfermedad de ella, vanagloriándose después de haberlo rociado con el agua más preciosa que halló en las perfumerías de Madrás. ¿Lo había rociado antes del bautismo, ó después? ¿Había usado del agua para el Sacramento? He aquí lo que ignoraba ella, y lo que no podía saber habiendo fallecido el bautizante.

—Luego, infirió el sacerdote, el señor John, queriendo hacer las cosas bien, ha de recibir el Sacramento condicionalmente.

Contestó John resueltamente:—Estoy dispuesto. Pasaré algunas semanas en Londres para consultar con hombres doctos algunas de mis ideas. No bien, añadió sonriendo, me sienta muy aferrado á mi religión (poco me falta, porque me juzgo tan papista y ultramontano como los Obispos del reciente Concilio Ecuménico), me volveré quedo á Parque verde para el bautismo, y antes para el exámen anterior á la

confesión. Vos, muy reverendo señor, me ayudareis á devanar la madeja. ¿No es cierto? Como podeis imaginar, tengo poca práctica.—

Este desembarazado hablar del joven niño hizo comprender al delegado del obispo que había Julia preparado el terreno, informando á los neófitos de lo que hacerse debía. Por ello replicó con desenvoltura:—Noto que lo sabeis todo: cuando el corazón es sincero, las cosas se presentan lisas, lisas y no hacen una arruga. Bien (se dirigió entonces á Clara y á Clemencia), vamos á las señoritas ahore.—Animadas por el ejemplo de su hermano, así como por la benigna y sonriente actitud del sacerdote, que era un hermoso viejo, de canas y de aspecto venerable, respondieron que harían como John. La más pequeña prometió seriamente confesar todos los pecados que le sugiriese su maestra. Había inventado Clara otro expediente, á fin de asegurarse de hacer una buena confesión.—Yo, decía, primero me probaré confesándome con miss Julia, y después con vos....

—¡Oh! Esto no, dijo Julia, riéndose mucho los presentes.

El sacerdote:—Basta; este es un asunto

que se arreglará fácilmente. Ante todo veamos qué hay sobre su bautismo.

Respondió la madre por sus hijas:—Sin duda se administró el sacramento según el *Prayer book* de nuestra . . . quiero decir, de la iglesia anglicana.

—Entonces, replicó el delegado, no se necesita repetir nada, si el ministro tuvo intención de bautizarlas.

—Sólo Dios conoce las intenciones, dijo la Needle; lo que puedo decir es que aquel ministro que bautizó sucesivamente á mis pequeñas, un día que delante de mí tuvo una cuestión con un colega suyo con motivo de las controversias suscitadas hace tantos años sobre la necesidad de la ceremonia, sostuvo que no se requería de ningún modo el bautismo para la salvación, y que no se podía llamar estrictamente sacramento. Según él, para incorporar un creyente á la Iglesia y á Cristo, valía mucho más un acto de fe formado en la edad adulta, que el rito externo del bautismo. Aseguraba que tenía éste igual valor que el acto de inscribir á la criatura en los registros parroquiales. Esta fué además la razón por la que, á la primera coyuntura que tuve, hícelo sustituir en la parroquia por un ministro más ortodoxo.

—Es grave, dijo el sacerdote, la circunstancia. Inclínome mucho á creer que aquel bautizante tenía, sin embargo, la intención de cumplir lo que la Iglesia de Jesucristo quiere, y que confirió el bautismo con validez. La razón es que, á no recibir las niñas, por defecto de intención en el bautizante, la gracia bautismal, no hubiesen crecido tan buenas como las veis.—Asentía Julia y aprobaba con la cabeza, no sin grandísimo gozo de la señora, que difícilmente sabía creer que sus hijas fueran infieles en realidad.—Continuó el ministro:—Sin embargo, tratándose de un sacramento tan esencial para la salvación, páreceme que nos hallamos en el caso de reiterarle, condicionalmente, por supuesto. “Si no eres bautizada, yo te bautizo, etc.” En una palabra, niñas: vuestra excelente mamá y la señora maestra os enseñarán lo que debéis hacer. ¿Estareis contentas de recibir el bautismo, para que, si no hubiese servido el primero, os haga el segundo verdaderamente cristianas é hijas de Dios?

Las muchachas mostráronse alegrísimas de tal disposición. El delegado se volvió, en fin, á mistress Needle.

—Vamos; ahora solo resta que procureis aconsejaros de las reminiscencias de la

infancia, para determinar lo que hacerse deba respecto de vos misma.

—He aquí lo difícil, respondió la señora: no recuerdo haber oído jamás á mi madre (apenas conocí al autor de mis días) una palabra del asunto.

—¿No tendríais á la mano algún documento de familia, que atestiguase, así en general, que se había realizado el rito?

—¡Considerad si habré registrado yo nuestros papeles antiguos! Sólo hay un apunte del pobre padre mío, que señala el día de mi nacimiento y el del bautismo; pero nada más.

—Pero consultareis á los padrinos, repuso el sacerdote.

—Si viviesen; pero todos espiraron ya. Si bastase un testigo cualquiera, podría quizás encontrarlo. Aquí, en casa, tengo una mujer vieja, que cien veces me contó, cuando muchacha, que fué con la nodriza al llevarme al bautismo, que yo lloraba, y otras boberías propias del caso. ¿Quereis que la interroguemos?

—Según os plazca, señora. Me parecería conveniente que, á solas con ella, aclaráseis la cosa; después se podría tomar un partido con conocimiento de causa.

—La llamaré ahora mismo, si os pare-

ce bien, dijo la señora, que había tomado confianza por la bondad tranquila y flexible del delegado; más os prevengo que nos costará mucho arrancarle la verdad. En fin, lo probaremos.

Mistress Needle corrió á buscar á miss Mary. Ella misma fué, persuadida de que una embajada no hubiese conseguido hacerla mover de seguro. Ni caricias ni súplicas sirvieron para persuadirla de que debía ir al salón para contar lo que supiese del bautismo de su señora. El sacerdote, juntamente con ella, tuvieron que ir á donde se hallaba, y mistress Needle tuvo que alzar un poco la voz:—Mi buena miss Mary me ofenderíais en lo más vivo del corazón, si me desobedeciéseis: nada os pido que no podais hacer con toda conciencia. . . . Vamos, complacedme por el cariño que me teneis.—Constreñida por tales palabras la fiera puritana, respondió con la peor gracia que supo:—No comprendo que pueda decir más de lo que sabeis. Fuísteis bautizada del mejor modo posible. . . . Claro; no conozco iglesia donde se administre mejor el bautismo que en la nuestra; además, el reverendo tal (lo nombró) tenía fama de *clergyman* docto y honrado.

—Todo esto, dijo el sacerdote, discretamente no se pone ya en duda; pero la señora quisiera saber con que solemnidad se hizo la ceremonia.

—¿Qué os figurais? respondió la vieja; en casa de la señora las cosas de la Religión se tratan siempre con decoro y esplendor. A la función concurrieron tres ministros.

—¡Ah! Ya se comprende, dijo el sacerdote; más ¿qué hicieron los tres ministros?

—¡Oh qué salida! Lo que se acostumbra entre nosotros: uno de los tres quiso tomar en sus manos á la criatura, y meterla en la pila; pero al ver que parecía delicada, se contentó con echarle encima el agua bautismal.

—¿Y quién dijo las palabras? preguntó el sacerdote.

Al oír esta pregunta, la honrada mujer, que no quería mentir, se turbó. No lo recordaba, y respondió:—Alguno las pronunciaría: ¡eran tres!

—No os confundais, cara miss Mary, dijo entonces la señora; contad la pura verdad; os lo suplico en nombre de Dios. ¿Quién de los tres profirió las palabras del Sacramento?

—A la verdad, no puedo recordarlo bien. Ignoro si entonces se usaban diferentes sis-

temas, como ahora, y si bien creo seguro que dijo las palabras el que vertió el agua, no me atrevo á manifestarlo con certeza. De todas maneras, podría jurar que el bautismo, de un modo ó de otro, se confirió bien.

—Es lo que deseaba, concluyó diciendo la señora. Os doy gracias, mi querida Mary. —

La pobre se quedó muy enfadada, con una especie de remordimiento, temerosa de haber contribuido á que fuese su señora rebautizada.—Pero ¿qué puedo yo? murmuraba en su interior. Ella lo ha querido. Por mí se bien cómo hubiera respondido al sacerdote papista y bellaco. ¡Ah! ¡Qué cosas me toca ver con mis ojos . . . ! ¡Valía la pena de que fuese bautizada con tal aparato, para que ahora se hiciese, ¡Dios mío! hechizar con un nuevo bautismo?—Mientras miss Mary así refunfuñaba sola, la Needle, con el presbítero, sacaba la última consecuencia del testimonio dado.—Veo que aún aquí, dado que no haya oscuridad completa, tampoco luce un rayo de sol. Ya la señorita Julia de los Laureles nos previno que probablemente acabaríamos la consulta resolviendo vos rebautizarnos á todos condicionalmente.

—Rara vez, añadió el sacerdote, concluyen tales asuntos de otra manera. Demasiadamente las iglesias que han conservado, según dicen, dos sacramentos, los suprimen en la práctica con la mayor facilidad del mundo.

—Sin embargo, dijo la señora, no puedo acabar de creer que fuéramos realmente cuatro infieles. . . . El corazón me dice que estábamos bautizados, y bien bautizados.

—Si el corazón debiese decidir el asunto, pensaría como vos; más en negocios de tal género es necesario andar con pies de plomo, y siempre con documentos positivos, á falta de los cuales bueno es asegurarse con el bautismo condicional.—

El sacerdote se entretuvo en familiar coloquio con éste ó aquél de la familia, indagando de cada uno en particular si conocían algo que pudiese robustecer ó destruir los testimonios logrados. A pesar de sus muchas indagaciones, ninguna otra noticia pudo adquirir, y confirmó la resolución adoptada. Explicó, además, cómo se debían cumplir en la práctica las ceremonias de la profesión. Dijo que los convertidos se dispusieran los días anteriores con la confesión sacramental de sus culpas, y que inmediatamente después del bautismo

absolvería á cada uno, también condicionalmente; de modo que si el bautismo de la infancia no había sido válido, la gracia santificante se la conferiría por el nuevo; y si había sido válido, la sacramental absolución serviría para santificarle.

Con esto puso fin á la conferencia, más no á las cien preguntas de las gentes del castillo, porque cada uno quería consejos especialísimos, en particulares entrevistas, según sus propias necesidades. Además de la familia de los señores, había varios de la servidumbre, mujeres sobre todo, que, por la vida ejemplar de la joven, se habían aficionado al Catolicismo; la conversión de los señores les había casi resuelto á confesarlo. Respondía el sacerdote con admirables consuelos, exhortándolas á orar y á oír las instrucciones, á fin de que tomáran después su resolución. También Clara y Clemencia debieron tratar de un asuntillo de conciencia. Acogiólas el ministro de Dios con rostro afable, y dejó que dijeran su deseo, según se lo había inspirado, ya se comprende, la maestra que las conducía.—Padre, decía Clara, hablando además en nombre de su hermanita: quisiéramos hacer nosotras también la primera Comunión.

—¿Y para qué

—Para recibir á Jesús vivo en nuestros corazones.

—¿Y para qué deseais recibir á Jesús vivo?

—Para quererlo mucho y ser buenas.

—¡Optima razón! dijo el sacerdote. Y echando una mirada á la más pequeña:—¿También tú, la preguntó, quieres hacer la primera Comunión?

—Padre, sí señor, si me lo permitís.

—Está bien; más para esto convendría que fuérais un poco mayores, y sobre todo muy buenas.... ¿Qué piensa la señora maestra?

Julia:—Vamos, verdaderamente malas no lo son ni la una ni la otra, sino un poco de traviesas; nunca están quietas, y siempre con la cabeza á pájaros.... Para ser admitidas á la Comunión convendría que, primero, tuviesen un poco más de juicio, y que después aprendieran á confesarse bien, para que fuesen como dos angelitas. Entonces.... quizás....

—Basta dijo el sacerdote: me parece que la cosa no es tan difícil que no pueda ser arreglada. Yo haré lo que diga vuestra excelente mamá y la señora maestra. Cuando sepa que de veras teneis un vivo deseo de recibir á Jesucristo para mucho amar-

le, como dice Clara, y ser buenas, os daré la santa Comunión.

Las dos pequeñitas prometieron con candor cuanto supo decir de ellas el sacerdote, y lo demás que su maestra exigía: llenas de gozo fueron á contar á su madre la gracia obtenida, prometiéndola mil veces que serían cada día más obedientes y mejores. Estas escenas eran vulgares y á los ojos del mundo, de no grandísima importancia. Mas mistress Needle, cuyo buen juicio y corazón rayaban alto, se llenaba de gozo por ellas, comenzando á comprender la energía celeste de las prácticas del Catolicismo, que en las almas de las niñas de poca edad sembraba pensamientos tan sublimes de amor celestial, y tan ardientes propósitos de vida virtuosa.—¿Qué tienen de semejanza, pensaba ella, las prácticas del anglicanismo? ¡Cuán poca impresión producían en mi alma! Verdaderamente aquí, aquí está la vida.—No advertía entre tanto que de esta vida espiritual admirable daba ella propia el ejemplo á sus hijas.